

# LA SOGA

José Ángel Prieto Giménez

Los días se hacían interminables hasta que llegaba la ¿esperada? noche. Durante el día las horas se antojaban plácidas, aguantables, incluso amenas; pero era la noche lo verdaderamente deleznable, los recuerdos de una vida ajena a la realidad, la interminable pasada de las agujas del reloj.

Siempre pasaba lo mismo. Tras un día normal, demasiado normal, llegaba una noche anormal, demasiado anormal. Los sueños hechos realidad, o la realidad hecha sueño se agolpaba sobre la cama, sobre la mente, sobre lo irreal hecho real.

Siempre la misma pesadilla. Una sogá, un trozo de cuerda anudado, que nunca sabía cuál era su objetivo, su desdichado objetivo.

Día tras día, o mejor noche tras noche, siempre surgía la misma duda, la misma pregunta. ¿Era necesario comprar esa sogá, ese trozo de cuerda para -de una vez por todas- desprenderse de ella, o que ella se prendiera al objetivo?

Le habían comentado, que era mucho más dulce el corte de las venas en la bañera. ¿Pero quién quería algo dulce, quién era nadie para aconsejar sobre el final de nadie? Y, además, ¿quién había dicho a quién que opinara sobre nada ni sobre nadie?

La sogá, como en las antiguas películas de vaqueros, era algo incluso romántico, aunque ¿de verdad tenía algo de romántico un trozo de cuerda con un nudo? La sogá era algo necesario, ¿imprescindible?, en aquellas largas noches. Tomarla o no tomarla era una cuestión de segundos, de largos segundos, de interminables segundos; pero algo que al final era necesario reali-



zar si se quiere que la vida siga o que la muerte empiece.

Las calles de la realidad también se agolpaban en la mente, en la habitación, en la cama. Las calles con sus gentes, con sus reales e irreales gentes, venían y se iban de la mente con una velocidad vertiginosa, volvían todas las noches, las mismas gentes, que día tras día desaparecían para aparecer nuevamente por las noches.

Un día, o una noche, (no sabemos realmente cuándo, pues muchas veces la noche y el día se superponían en la mente, en lo irreal, en lo desconocido por casi todos, menos por la mente de cada uno), esa sogá fue una realidad en esa habitación ordenada, demasiado ordenada en el desorden. Esa sogá parecía haber tomado forma, o mejor dicho, fuerza. Atraía al que la miraba, como si de un duende fuera, como si de un ser humano maligno (o benigno) fuera.

Cada día, cada noche, los ojos se tornaban para fijarse en la sogá, en el trozo de cuerda anudado. Al mismo tiempo, la mente se acordaba de aquella conversación con aquella persona -tan lejana y tan cercana a la vez-, aquella conversación sobre las cuchillas de afeitarse, sobre la muerte dulce en la bañera mientras la sangre se escapaba del cuerpo. Pero las cuchillas son dramáticas, surgen en las peleas, en las discusiones, en las tragedias; mientras la sogá hace

justicia, realiza el acto eterno de la recomposición del orden.

Cabría todavía la duda. ¿Era necesario despojarse del cuerpo, olvidar los recuerdos felices y amargos, olvidar el pasado definitivamente, un pasado digno de un gran futuro, invocar un presente sin definición? La mente tenía muchas respuestas a estas preguntas que ella misma se hacía, ¿o no tenía ninguna?

La duda quedaba allí, en la propia mente. Mientras tanto, la sogá esperaba tranquila, pues era imposible no darse cuenta que estaba allí, que su impasible nudo no se movería nunca, o casi nunca, por sí sola, que las manos -mandadas por la mente, harían -o tenían que hacer- su labor. Labor para la que parecía habían sido creadas.

Pero, ¿cuál sería la reacción de los demás? ¿Entenderían esa relación de amor y odio, de venganza y de resquemor, entre la sogá y la mente? ¿Cuál sería la reacción del cuerpo al que mandaba la mente? ¿Cuál sería el final de esa sogá?

Ésas y otras dudas atormentaban a la mente, e incluso al cuerpo. Aparecía -de vez en cuando- el miedo al dolor, a lo desconocido, a lo interminable, a la eternidad existente e inexistente.

Muchos hombres, muchas mujeres, muchas mentes y cuerpos se quedaban en la tierra, viviendo y sufriendo día tras día, noche tras noche, solidariamente con el sufrimiento y la vida de los demás, de sus semejantes, de sus parecidos, de sus no-iguales. Muchas sogas seguirían vigilando el sueño, las pesadillas, los goces y disfrutes de tantos y tantos cuerpos y mentes. ¿Cuál sería el final de esas sogas? ¿Existían de verdad?

Una noche, tumultuosa, tras un día plácido, el cuerpo se rebeló, la mente hizo punto final, o punto seguido. Miró a la sogá, con una mirada precedida de un cierto miedo a ese momento definitivo. La sogá estaba donde siempre, acurrucada en su propio ser, el nudo como siempre esperando su objetivo, las manos que le hicieran cumplir la razón para la que había sido creado.

La mirada, las miradas bilaterales se hacían interminables. El sueño intentaba ganar la batalla; pero era necesario no conciliarlo, estar despierto para vencer la guerra. Era el día definitivo. Era el día en que la vida podía finalizar y la eternidad, la eterna muerte comenzaría.

En un arranque de histeria, o de cordura, el cuerpo se levantó de esa cama donde había padecido y gozado durante muchas noches, y con la ayuda de la mente se acercó a la sogá, al trozo de cuerda.

La lucha cada vez era más dura. El odio y el amor entre la sogá y la mente se hacía palpable. Era el final o el principio de algo. Las dudas venían y se iban, lo mismo que la vigorosidad, que la certeza de que era necesario ese momento, ese trágico y romántico momento.

Las manos cogieron la cuerda anudada. Pasaron largos segundos de incertidumbre, de placer y de odio; y al final resultó lo que debía haber resultado hace ya varias noches, muchas noches. Las manos se pusieron a trabajar, desanudaron la sogá, con miedo; pero con vigor, con ese vigor



que hacía tiempo que estaba dormido, mortalmente dormido. La sogá se convirtió, tras su derrota, en una vulgar y nada romántica cuerda. Fue el final de ella, el final de la incertidumbre, el principio de la victoria de la vida, del día frente a la noche, del bien ¿frente al mal?

Al mismo tiempo que se había producido la victoria de la vida, la mente tenía un cierto sentimiento de culpa. La vida de la mente había producido la muerte de la sogá, la muerte de muchas noches, de muchas miradas vigilantes, de una relación de amor y odio.

Nunca más volvería la sogá a vigilar el sueño de la mente, ni del cuerpo. Jamás surgiría otra cuerda anudada en la mente. Jamás las manos servirían para hacer favores a la eternidad, al eterno final. La vida surgiría con más fuerza que nunca. La dulzura ya no se encontraría en las hojas de afeitar, sino en la propia vida, en la propia mente, en las propias manos.